

SAN ANDRÉS CORSINO, OBISPO DE FIÉSOLI Y CONFESOR

Día 4 de febrero

P. Juan Croisset, S.J.

San Andrés, de la noble y antigua casa de Corsini, en la ciudad de Florencia, nació en la misma ciudad el año de 1302, á los 30 de Noviembre, día en que se celebra la fiesta del glorioso Apóstol, cuyo nombre se le dio.

El día antes que le diese á luz su piadosa madre, tuvo una visión que la asustó mucho, llenándola de cuidados. Parecía que había parido un pequeño lobo, el cual, entrando en la iglesia de los Padres carmelitas, se convirtió de repente en un manso corderillo.

Estaba dotado Andrés de un natural excelente; pero, por otra parte, tan vivo y tan inclinado á todo género de pasatiempos, que ni los buenos ejemplos de sus padres, ni los prudentes consejos de los mejores maestros, fueron bastantes para que no se verificase con muchas ventajas el sueño de su piadosa madre.

Contribuyó mucho á esto la compañía de otros caballeritos de su edad, algunos ligeros, otros disolutos, que en poco tiempo y sin mucha resistencia le condujeron por el espacioso camino del vicio.

Un día en que Andrés se disponía para salir á cierta diversión, menos decente, advirtió que su buena madre se estaba deshaciendo en lágrimas. Parte por ternura y parte por curiosidad, la preguntó el motivo de su llanto: *Lloro, hijo mío*, le respondió la virtuosa señora, *porque*

con harto dolor de mi corazón veo demasíadamente verificada la primera parte de un sueño que tuve la noche antes del día en que naciste para tanto desconsuelo mío. Soñé que daba á luz un pequeño lobo; pero no te disimularé que igualmente soñé que este lobo se convertía en un apacible corderillo, luego que entraba en la iglesia de los PP. Carmelitas. Tu padre y yo creímos que, consagrándote desde luego á la clementísima Virgen, podíamos eludir el funesto efecto de un pronóstico tan triste; pero nuestra precaución sólo ha servido para que tu proceder desordenado traspase el alma con mayor tormento. Esas costumbres perdidas acreditan con sobrada verdad que mi visión fue más que sueño. Dichosa yo si antes de morir pudiera ver todo el pronóstico cumplido, logrando él gusto de verte convertido en cordero inocente, ya que ahora te lloro sangriento y lascivo lobo.

Estas palabras, acompañadas de copioso llanto y pronunciadas con aquel tono dulce y penetrante que inspiran la piedad y la ternura, tocaron el corazón del generoso mancebo.

No os moriréis, madre y señora, respondió Andrés bañado en lágrimas, no os moriréis sin ver la dichosa transformación que deseáis; pasará este lobo á ser cordero, y sólo siento haber malogrado tanto tiempo en el funesto vaticinio, cumpliendo, con tanto estrago de mi alma como dolor de la vuestra, todo el significado que simboliza esta fiera; voy, señora, á que se justifique de lleno vuestra misteriosa visión. Vos me consagrasteis á la Madre de mi Dios; no he de destruir vuestro sacrificio, y voy yo á cumplir lo que prometisteis vos. Consolaos, madre mía, que no se han perdido vuestras oraciones ni se han malogrado vuestras lágrimas; perdonad las pesadumbres que os ha dado mi dureza, olvidad mi rebeldía, no os acordéis de mis ingratitudes, y sirvan de

medianeras con Dios vuestras oraciones para que perdone mis pecados.

Dijo; y, sin dar lugar á que la piadosa señora volviese en sí del gustoso embeleso en que la suspendió una mudanza tan pronta como no esperada, salió de casa, dirigiéndose á la iglesia de los carmelitas; postróse ante el altar de la Santísima Virgen, y, deshecho en lágrimas, se ofreció á Dios y á su Purísima Madre, como víctima que, aunque consagrada á los dos desde su nacimiento, el mundo la había descaminado, teniéndola infelizmente aprisionada en sus cadenas por el dilatado espacio de más de doce años. Aceptó el Cielo el sacrificio, y mudó el Señor enteramente su corazón.

Pidió el santo hábito con tanta instancia, y dio pruebas tan concluyentes de ser su vocación legítima, que fue recibido en la Orden, para ser dentro de poco tiempo uno de sus más brillantes astros. Su fervor fue el asombro de los más perfectos, y los más ancianos miraron con admiración los progresos del novicio.

Irritado el demonio á vista de unos progresos tan rápidos en la virtud, se cree comúnmente que, tomando la figura de un pariente suyo, intentó persuadirle con artificioso engaño que, dejando el hábito religioso, se restituyese al siglo; pero el observante novicio, sin hacer caso del tentador, le volvió las espaldas, alegando que no tenía licencia para hablar. Cubrióse de confusión el enemigo, no pudiendo sufrir una observancia tan ejemplar, y, desapareciendo prontamente, dio bastante á entender su malignidad y su artificio.

Hecha la profesión, se impuso una severa ley de no aflojar jamás en los ejercicios ni el fervor del noviciado. No pudo subir más de punto ni su humildad, ni su puntualidad, ni su obediencia. Nunca supo entibiarse su

fervor, ni su devoción desmentirse. Concedió el Señor á nuestro Santo el don de profecía y de milagros.

Ordenado de sacerdote, decía la Misa con fervor tan encendido, que, al verle en el altar, no parecía un sacerdote; parecía un serafín. Celebrando un día el divino sacrificio entre estos celestiales ardores, se le apareció la Santísima Virgen, y le consoló con estas palabras que destilaban ternura: *Tú eres mi siervo, y yo me gloriaré en ti.* A la verdad, no parecía posible ni más reverente devoción, ni ternura más filial que la que profesaba nuestro Santo á la Madre de Dios. Esta era su devoción favorecida, ésta su distintivo y su carácter; por eso nunca admitía otro título que el de siervo de María; con él se honraba y con él se regalaba.

Habiéndose graduado en París de doctor en Teología, volvió á Florencia, donde le hicieron prior de su convento. Aquí fue donde descubrió los extraordinarios talentos que había recibido del cielo para el mayor bien de las almas. Mostró, entre otros, el don de profecía, porque, teniendo á un niño en los brazos y mirándole con atención, comenzó á llorar amargamente. Preguntado por el motivo de aquel llanto, que parecía intempestivo: *Lloro, dijo, porque este niño tendrá desastrado fin, y será la ruina de su casa.* Él tiempo y el suceso verificaron demasíadamente el profético vaticinio.

Eran las brillantes virtudes de nuestro Santo admiración y ejemplo de toda la Toscana, á tiempo que vacó el obispado de Fiésoli, ciudad que sólo dista una legua de Florencia. Nombróle todo el pueblo por su obispo; pero, noticioso Andrés, huyó á esconderse en la Cartuja; lo que hizo tan á tiempo, y con tanto secreto, que burló cuantas diligencias se practicaron para encontrarle. Perdidas ya las esperanzas de dar con él, iba el pueblo á juntarse para proceder á otra elección,

cuando un niño de tres años levantó la voz y dijo: *Andrés, á quien Dios ha escogido para nuestro obispo, está haciendo oración en la Cartuja.* A vista de una señal tan visible, no dudando ya el Santo que el Cielo le llamaba para aquella tan alta dignidad, sólo pensó en desempeñar sus obligaciones, añadiendo nuevos grados de perfección á la santidad de su vida.

Elegido después por el pueblo, con aprobación de la Iglesia, obispo de Fiésoli, este nuevo cargo no le embarazó vivir como carmelita; antes persuadido á que un obispo está obligado á vida más ejemplar y más santa que un simple religioso, aumentó nuevas penitencias á sus mortificaciones ordinarias. Sobre el cilicio común añadió una cadena de hierro que daba vuelta á toda la cintura, y á la diaria carga del Oficio divino aumentó la sobrecarga de los siete salmos penitenciales, que siempre se acababan con una sangrienta disciplina. Su cama eran unos sarmientos: la mayor parte de la noche la pasaba en oración; ayunaba casi todos los días. Huía cuidadosamente todo trato con mujeres; nunca las hablaba sino con los ojos en el suelo, y no permitió jamás que entrase alguna en su cuarto.

La vida tan ejemplar de un obispo, por precisión había de merecer mil bendiciones á su pueblo. Un pastor tan vigilante y tan santo, poco había de tardar en reducir al aprisco todas las ovejas descarriadas. No hubo pecador tan obstinado que no se rindiese á sus avisos; ninguno tan rebelde que pudiese resistirse á las solicitudes de su celo.

Entre otros, era muy visible el milagroso don que poseía para componer discordias y para desterrar el rencor de los pechos enemistados. Esto obligó al papa Urbano V á echar mano de nuestro Andrés para que pasase á Bolonia en calidad de legado suyo, para

pacificar las discordias que despedazaban aquel numeroso pueblo. Apenas entró en él aquel ángel de paz, cuando calmó la sedición; uniéronse los ánimos con reconciliación sincera, y las portentosas conversiones que logró dieron á conocer cuánto puede hacer un obispo santo.

Habiendo llegado á los setenta y un años de su edad, y estando celebrando la Misa del Gallo la noche de Navidad en su iglesia catedral, tuvo un secreto preuncio de su cercana muerte. Sintióse acometido de una maligna fiebre á la mañana siguiente, y comenzó á prepararse con alegría para la última hora, que desde el primer instante de su conversión había tenido presente en la memoria toda la vida. Fue universal el desconsuelo en toda la ciudad; no se evacuaba su pobre cuarto de los muchos que concurrían á verle, y todos se deshacían en lágrimas; sólo Andrés se conservaba con un semblante risueño, y tan tranquilo, que en su serenidad leían todos verificado aquel oráculo, que *para los santos es dulce cosa el morir*. Fue su dichoso tránsito el 6 de Enero, día de la Epifanía, en el año de 1373. Llevóse su cadáver á la ciudad de Florencia, y fue enterrado en la iglesia de los PP. Carmelitas, como el Santo lo había significado. Confirmó el Cielo la general opinión que se tenía de su santidad con multitud de milagros, y sesenta y siete años después de su muerte, el de 1440, fue solemnemente beatificado por el papa Eugenio IV, hasta que finalmente, en el año de 1629, Urbano VIII le canonizó, y fijó su fiesta al día 4 de Febrero, mandando que se rezase de él en toda la Iglesia.

La Misa es en honra de San Andrés, y la oración la que sigue:

i Oh Dios, que continuamente nos estás proponiendo en tu Iglesia nuevos ejemplos de virtud! Concede á tu

pueblo la gracia de que siga de tal manera los pasos del bienaventurado Andrés, tu confesor y pontífice, que merezca conseguir el mismo premio. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría.

He aquí un sacerdote grande que en sus días agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliación. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendición de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dio la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dio el sumo sacerdocio, y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES

El que agradó á Dios mientras vivió, ¿qué más ha menester para ser un hombre feliz, para hacerse respetable? Sólo este rasgo vale todos los elogios. Está uno adornado de todas cuantas bellas prendas se estiman en el mundo: tenga ingenio, hermosura, posea grandes riquezas, goce de todos los gustos de los deleites de la vida: será infeliz, será despreciable, será digno de compasión, si tiene la desgracia de no agradar á Dios. ¿Qué mérito puede dar á ninguno el favor ni la estimación de los hombres? Toda la estimación humana ¿podrá dar una sola virtud á quien no la tiene? Sólo Dios no puede engañarse: su aprobación es inseparable del verdadero mérito: el que la logra, seguramente se la merece: su amistad fabrica nuestra gloria, y también

nuestra dicha. Sin ella, la más dilatada prosperidad, la más brillante fortuna, sólo pueden hacer, á lo más, unos sepulcros dorados, ó dados de un aparente barniz.

Teme a Dios, dice el Sabio, guarda sus Mandamientos; es esto todo el hombre. No hay virtud sin la más exacta observancia de la ley de Dios. *Si quieres entrar en la vida, dice el Señor, guarda los Mandamientos.* ¡Qué error, qué desacierto cometen los que se dispensan de esta observancia! En vano son estas obras de supererogación: si no guardas los Mandamientos, nada haces.

Por benéfica, por dadivosa que sea la estimación y la amistad de los grandes, sus favores son limitados y de corta duración; á lo más, unos pergaminos inútiles, ó unos títulos pomposos, son los que sobreviven á nuestra sepultura. Pero ¿nos hacen por eso más felices? Muy de otra manera trata Dios á los que le sirven; cólmalos á manos llenas con la bendición de todos los pueblos; su amor y sus dones se extienden más allá de todos los siglos. Los monarcas más poderosos se postran humildemente á los pies de un pastorcillo simple, de un pobre oficial á quien Dios elevó á su Gloria; y esta gloria ha de durar para siempre. Y después de esto, ¿nos hará poca fuerza la dicha de agradar á Dios? Y después de esto, ¿se tendrá poco temor á la desdicha de desagradarle? ¿Dónde está nuestro entendimiento? ¿Dónde nuestra fe?

El Evangelio es del cap. 25 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debía ir muy lejos de su país, llamó á sus criados y les entregó sus bienes. Y á uno dio cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual según sus fuerzas, y se partió al punto. Fue, pues, el que había

recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente, el que había recibido dos, ganó otros dos; pero, el que había recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas después de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas, y, llegando el que había recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; he aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho: entra en el gozo de tu señor. Llegó también el que había recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste; he aquí otros dos más que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACIÓN

Del buen uso de los talentos que hemos recibido.

PUNTO PRIMERO.—Considera que ninguno hay que no haya recibido del Cielo cierto número de talentos con obligación de aprovecharlos bien. Dones naturales, gracias sobrenaturales, beneficios generales y particulares, todo se nos ha concedido para nuestra salvación; ninguno fue casual. Esta nobleza, ese ingenio, esa educación, esas bellas prendas, esa salud, ese tiempo; en una palabra, todo el orden, toda la economía de la Divina Providencia, respecto de nosotros, puede y debe ser comprendida en la parábola de los talentos. Y ¿qué debemos pensar de tantos auxilios sobrenaturales, de tantas inspiraciones, de tantas gracias extraordinarias? Todo se lo debemos á los méritos del Hombre Dios; bienes suyos son, que depositó en nuestras manos; ninguno hay que no sea de gran precio; frutos son de su preciosa sangre. ¡Qué pérdida, Señor, qué desdicha

la de quien no sabe, ó no quiere usar bien de ellos!

No te basta conservar el talento recibido: el mal siervo tuvo cuidado de enterrarle; pero fue condenado, porque no le benefició poniéndole á ganancia. Ya se sabe que Dios en este particular es un amo estrecho y riguroso: no se puede alegar ignorancia en este punto; conque será muy culpable quien le sirviere con negligencia ó con disgusto.

Háyase recibido poco, ó háyase recibido mucho, siempre se recibe lo bastante para poder merecer más; pero es menester trabajar, es preciso hacer sudar lo que se ha recibido. ¿Qué riesgo puede haber en un negocio cuya ganancia pende únicamente de nuestra voluntad? No hay piratas, no hay escollos, no hay naufragios que no podamos evitar. La medida del lucro es, por lo común, el motivo del trabajo; en este comercio solamente son pobres los que nada quieren hacer para ser ricos. Pues ¿no tendrá el amo mil razones para tratar de perversos á unos criados tan holgazanes y tan ingratos? ¿Qué caso se hace de un amo cuando se usa tan mal de sus beneficios? Y ¿se merecerá su benevolencia cuando se hace tan poco ó tan ningún caso de darle gusto?

¡Ah mi Dios, y á cuántos ha de hacer gemir esta verdad bien penetrada! Vos me habéis colmado de beneficios, y yo he recibido talentos de vuestra mano; pero ¿me he aprovechado bien de ellos? ¡Oh Señor, qué reprensión! Y ¡oh qué cruel dolor, qué amargo remordimiento!

PUNTO SEGUNDO.—Considera el uso que hemos hecho hasta aquí de los talentos recibidos. Cada talento fue un beneficio. Y ¿cuál ha sido nuestro reconocimiento? Todos se nos concedieron para mayor gloria de Dios y para nuestra salvación. ¿Y los hemos empleado únicamente á

este soberano, á este importantísimo fin?

Este tiempo tan precioso, cuyos momentos están todos contados, ¿ha sido fecundo en buenas obras y en merecimientos? El fruto del buen uso del tiempo será la dichosa eternidad. ¿Es posible que no hayamos perdido nada de él? Ya estamos en el segundo mes del año nuevo: ¿dónde está el fruto de nuestros propósitos? ¿Hemos adelantado mucho en el negocio de nuestra salvación?

Los bienes que poseemos se nos dieron para ganar con ellos otros bienes más preciosos y más reales: y ¿hemos agenciado mucho con ellos? ¿Nos hemos valido de esos bienes únicamente para comprar mucho cielo? ¿para granjear amigos que nos sean útiles con Dios? ¿Será posible que no temamos algún cargo cuando llegue el caso de dar cuenta?

El entendimiento, la salud, las demás prendas, también entran en el número de los talentos. Pero ¿se les ha hecho valer mucho? Servirse de ellos únicamente para complacer al mundo, ¿no es peor que sepultarlos? ¿Daráse el Señor por satisfecho de este empleo? ¡Ah mi Dios! Por esta cuenta, ¡qué de siervos inútiles! ¡Cuántos serán despedidos! ¡ Cuántos condenados á las tinieblas exteriores!

Pero cuando se nos reproduzcan aquellas gracias tan abundantes, aquellas inspiraciones tan saludables, aquellos auxilios tan poderosos, ¡mi Dios, que de talentos! Misas, sacramentos, ejercicios espirituales, actos de religión, todo entra en el cúmulo del capital que se pone. ¿Corresponde al fondo la ganancia, y los réditos al capital? Para que se nos pasen las cuentas es menester que el capital se doble por lo menos, en virtud de la correspondencia y de la fiel cooperación á la gracia. ¡Oh

Señor, qué motivos tan justos para estremecernos al considerar bien esta parábola! El amo, muy presto estará en casa, de vuelta de su viaje. Y ¿no tenemos razón para temer? ¿Podremos ponernos en su presencia con entera confianza?

Los santos sí que fueron prudentes y discretos en no aplicarse más que á cultivar sus talentos, para que diesen de sí todo lo posible. En los primeros años de su vida no los cultivó mucho San Andrés Corsino; pero en lo restante de ella reparó con ventaja su fervor las quiebras de su inconsiderada juventud. ¿A qué aguardamos nosotros para reformar nuestras costumbres, para enmendar tantos desórdenes, para dar principio á una nueva vida? Dentro de pocos días se nos pedirá estrecha cuenta de nuestros talentos. ¡Qué desdicha, si nos presentamos con las manos vacías! Se castiga severamente á quien no granjeó con ellos: ¿qué será al que abusó, al que se valió de ellos mismos para su mayor perdición?

No tengo, Señor, otro recurso que á vuestra misericordia infinita. Perdido soy, condenado soy para siempre, si me juzgáis según el rigor de vuestra justicia. Distéisme, Señor, talentos; pero ¿cómo he usado de ellos? Mas, en fin, concededme todavía un poco de tiempo, ¡oh dulce Salvador mío!, que yo os daré buena cuenta: asistidme con vuestra gracia, y dejaré de ser en adelante siervo inútil y perezoso.

JACULATORIAS

Esto es hecho, Señor: voy á serviros con fidelidad; concededme la perfecta inteligencia de vuestros santos Mandamientos.—Ps. 118.

Ya, Señor, llegó el tiempo de trabajar en mi

salvación, y de aprovechar hacia el Cielo los talentos que me habéis concedido, de los cuales tan mal he usado hasta aquí.—*Ps.* 11.

PROPÓSITOS

1. Conocer las reglas que se deben observar para vivir bien, y aun confesarlas, no sólo es cosa fácil, sino muy común; pero ¿de qué servirá este conocimiento y esta confesión, si no por eso se vive mejor? Acordémonos que la virtud cristiana es ciencia práctica. El Infierno está lleno de especulaciones estériles y de máximas muy cristianas, pero infecundas. No permita Dios que las tuyas sean semejantes; no puedes negar que has usado perversamente de los talentos que Dios te concedió. ¡Qué abuso de las prendas naturales, y de tantas gracias sobrenaturales! ¿Qué cuenta darías á Dios, si ahora te la pidiera, de tantos beneficios recibidos? ¿En qué has empleado ese entendimiento, esa robustez, esos bienes de fortuna, ese tiempo tan precioso? ¿Cuántas bellas horas has perdido?

2. Te has de poner un perpetuo entredicho á toda lectura de novelas, romances, comedias amatorias, poesías galantes y todo género de libros emponzoñados, que sólo agradan porque matan, disimulando el veneno en el artificio. Guárdate bien de valerte jamás de tu ingenio, de tu discreción ó de tu agudeza para equívocos indecentes, alusiones impuras, zumbas picantes, chanzas malignas; ni para aquellas torpes alegorías que debajo de las voces más simples y más comunes introducen un sutilísimo veneno hasta el corazón. Toma una fuerte resolución de no estar jamás ocioso; es preciosismo el tiempo, y su pérdida es irreparable; no emplearle en trabajar por la salvación, es perderle. ¿Y será bien usar de la salud no saber valerse de ella sino para contentar á sus pasiones? No hay desorden, no hay exceso que no la

estrague, que no la abrevie la vida. El tiempo de la enfermedad ¿será muy oportuno para convertirse? La salud es don de Dios; pues determina en este mismo día el uso que has de hacer en adelante de este apreciable don. El supremo dominio de nuestros bienes le tiene Dios; nosotros los poseemos con la obligación de reconocerle homenaje y de rendirle tributo. Arregla las limosnas á proporción de tu renta, consultándolo con un prudente director. Eres hábil, sobresaliente en alguna facultad ó en algún arte; á Dios debes ese don; pero ¡qué delito aprovecharte de esa, habilidad para perder á las almas!